



*Podium Belli. Foro di Costantino e Belli. Anticium. Flaminio della il Colosseo*

los libros, sino en las cosas. Quien nos amputara empero una pierna no nos haría tanto daño como quien nos amputara esos libros que hechos carne habitan en nosotros. Las cosas, por otra parte—*sunt lacrimae reum*—, mudan con los vaivenes del tiempo y nos huyen. Contra el tiempo no hay otra victoria posible que la fidelidad, que en usted, como en nosotros, es la más resistente de las corazas. Las cosas mudan; pero nosotros, menos amargos que el rey de los «Proverbios», resistimos.

¿Qué nos ha enseñado la vida, Montes? A digerir venenos, por de pronto, y a extraer del mal el remedio que cure el mal. «¿Quién ha de comprender—inquiere Sánchez—lo que no existe: los átomos de Demócrito, las ideas de Platón, los números de Pitágoras, los universales de Aristóteles, el intelecto agente y todas esas invenciones que nada enseñan ni descubren si no es el ingenio de sus artifices?» Lo que para el de Túy o el de Braga ficciones, son para nosotros los baluartes a cuya sombra aprendemos firmeza, y no hay pólvora nominalista que abra brecha en ellos. Más cerca que del ¿quid? de Sánchez hemos estado siempre del «¿que sais je?» del mejor de los Migueles después del mando. El libro del escéptico bordelés es más consustancial a su autor que el «*Quod nihil scitur*» a Sánchez. La diversidad de hu-

mores de Montaigne, como la diversidad de meteoros el cielo bordelés, nos contenta. Duda el buen alcalde la razón «*ployable en tout sens*», y enseña que cada uno de nosotros difiere de los demás como difiere de sí mismo según el sesgo de las horas y según las fases de la fortuna. Nos dice que los sentidos se engañan y que los ojos de apresar las cosas, apresan formas volubles de cosas. Sabe Montaigne cuánto ignora; pero su vara de gidor no se tuerce por eso, ni sus ocios ni negocios agrían. Toma, y cuán robustamente, partido en disputas de su tiempo y vindica la dignidad del hombre contra las crueldades de la persecución y del tormento. Se sirve de un idioma que es habla viva, y aunque respetuosamente sus períodos, no renuncia a mecharnos tuétanos gascones lo que trae de nutrición latina. Hay que de elegancia hay que hablar de suculencia en prosa de los ensayos. «*C'est aux paroles a servir a suivre et que le gascon y arrive si le français n'y va pas aller.*» El habla que el escéptico elige para el papel, para la boca, es, según propia confesión, «*non pedantesque, non fratesque, non plaideresque, mais plutot datesque*». Con éste nos entendemos, Montes, mejor con su paisano. Anda usted desavenido ahora con su ca y con su toreo de largas lagartijeras a la suerte